

## “Casa Boni” cuatro generaciones

**C**orría el año 1921. Los últimos ramalazos de aquella peste, denominada viruela, me dejaron huérfano de madre. Los primeros días, tenía yo cuatro años, ni te das cuenta de lo que pasa, toda la familia y parientes, a tu alrededor, te agasajan y te atienden. Pero luego, la sombra de la orfandad triste y sola te va envolviendo como una nube. Las gentes que pasan cercanas te miran más con curiosidad que con compasión. Dos o tres viejas, a las que no conoces de nada y aparecen por todas partes, te pegan amorosos besos en las mejillas al mismo tiempo que te pinchan con sus bigotes y te dejan atontado. Siempre son las mismas y te hacen más daño.

En el colegio, donde iba de la mano de nuestra leal servidora Batista, no sé por qué, siempre aparecía solo junto a un árbol del recreo o arrimado a la pared hasta que las buenas de Anttoni o Sor Natividad me metían en el corro para jugar con los demás niños. Otra vez vuelta a casa y así iban pasando los días, siempre bajo la impresión de que te faltaba algo que todos los demás niños ya tenían.

Cierto día me di cuenta de que en Casa Boni, a unos metros de mi casa, salía y entraba gente portando paquetes de alpargatas y eso me empezó a distraer. Era un divertimento el ver a gente mayorcita con un paquete de alpargatas que entraba; el Sr. Boni les recibía ante un mesita cuadrada, les pagaba, y empezaba a numerar, con un tampón de tinta negra, las suelas de las alpargatas que volvía a depositar en el suelo. Junto al Sr. Boni y sentada en una enorme silla de mimbre estaba siempre, con la mirada fija en el infinito, Ana, con un pañuelo blanco sobre el pecho. No hacía más que mirar y mirar. Este cuadro extraño que se repetía todos los días fue, para mi alma de niño, una impresionante novedad. De vez en cuando emergía de la enorme cocina Josefa, la dueña, con su impoluto delantal azul y la negra “tatana” bien asentada en la cabeza me tomaba de la mano, me llevaba al fogón, donde hervían enormes y humeantes pucheros, levantaba una tapa y en una gran rebanada de pan untaba uno de los jugosos caldos.

Sentadas en unas banquetas, seis o siete chicas cosían y ordenaban trozos de tela o remataban los





puntos de las alpargatas. Roque, el hermano, portaba unas piezas metálicas que ordenadamente iba bajando a la bodega. Por la forma, a mí me parecían que eran las mismas.

Cierto día noté que estaban cambiando las cosas, empecé a sentir un incierto tableteo que provenía de la bodega y aquello terminó siendo un acompasado son. Las risas de las chicas, la cara de Josefa y el rostro sonriente del Sr. Boni, con la subida acelerada de Roque diciendo acalorado ¡aitá! ¡ya está!, me dieron a entender que había gran novedad y jolgorio en la familia. El taller estaba en marcha.

De los capelladores que a diario iban y venían casi ni me acuerdo. Del que no me olvidaré en la vida, pues su recuerdo será imborrable, es de Valero Ortega Pérez, que tenía una pata de palo. No faltaba ningún día. Portaba sobre el hombro izquierdo un montón de alpargatas bien apañadas; con

su boina, su chaqueta de dril, su gallardía al caminar, llamaba la atención. Para mí era como un héroe ya que me hacía recordar a los piratas de los tebeos que yo empezaba a ojear. Era para mí como el fiel bucanero que iba a entregar sus conquistas al capitán del barco. Alguno de mis hijos todavía lo recuerdan.

Y volvamos al negocio. Instaladas las máquinas, había que colocar la mercancía. Se saturaba el comercio en Errenteria, pero Pasajes, Lezo y, sobre todo, Oyarzun, fueron los objetivos que dieron buen resultado.

No se puede hablar de Casa Boni ni de la calle Santa María sin hablar de la alpargata. Y este relato lo dejo en manos de Sorkunde Ecenarro, la actual gerente de la empresa.

*La alpargata de reclamo que está colgada a la entrada de la tienda, aunque no siempre la misma, ha estado toda la vida. Al principio era una alpargata verdaderamente grande. Después fue una de madera, la que se colocó. Ésta tenía toda la forma, abierta para meter el pie. Era costumbre, en las cuadrillas del pueblo en los días de parranda, hacer apuestas. Quien metía el último la moneda en el hueco de la alpargata tenía que pagar la ronda final de potes. Los vecinos aconsejaron cerrar el hueco de la alpargata, pues se hacía mucho ruido. En consecuencia, se tapó el agujero.*

*Varias veces se ha cambiado la alpargata. Algunas, por "desaparecer" y no volver a aparecer. En cierta ocasión la trajeron de Pasajes, en plenas fiestas de San Fermín. Otra vez fue en Irún, donde apareció, en los días de San Marcial. También del vertedero de San Marcos, donde fue a parar después de que un grupo de "graciosos" la descolgaran de su sitio. Esta vez apareció bastante estropeada. La última vez que "desapareció" y como nadie la encontraba, unos amigos del pueblo nos regalaron una copia ya que opinaban que la calle Santa María no era la misma sin la alpargata, colgando encima de la Zapatería Boni. Ésta, que es la que ahora está, es algo más pequeña que las anteriores, pero está recién pintada, está muy txukuna.*

Y aquí termina la crónica de "Casa Boni". Yo tenía muchas ganas de escribir esta historia íntima de mi vida, por muchos totalmente desconocida. También tenía verdaderos deseos de agradecer a la familia Ecenarro las atenciones que en todo momento tuvieron con aquel niño, huérfano de madre, que en los ratos de asueto se pudo olvidar de su soledad.



Boni Ecenarro.



Roque Ecenarro.



Ignacio Ecenarro.